LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 5

¡LIN Y EL CUECEHUEVOS QUE TOMÓ EL CONTROL!

DESAYUNO CON ERROR DEL SISTEMA



Basada en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 5

¡Lin y el cuecehuevos que tomó el control!

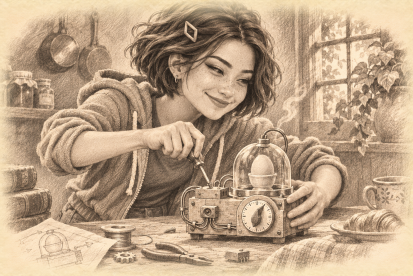
DESAYUNO CON ERROR DEL SISTEMA

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Solo un huevo



Lin quería un huevo para el desayuno que se cociera solo.

No por pereza. Pereza era un término impreciso para la negativa científicamente fundamentada a contemplar un cazo durante seis minutos cada mañana. Se trataba de fiabilidad, de elegancia y de la dignidad del huevo, que no debía quedar ni demasiado líquido ni demasiado duro solo porque una persona perdiera la noción del tiempo mientras se cepillaba los dientes.

Así que Lin construyó un cuecehuevos.

El aparato básico era pequeño. Una placa térmica, una huevera, un temporizador y un sensor que medía la temperatura interior. A eso se sumaban un interruptor, dos luces de control y una carcasa que Lin había fabricado con una vieja panera metálica. Sobre la mesa de la cocina había tornillos, cables y un plano cuyas flechas se multiplicaban con cada mejora.

Lena estaba en la puerta bebiendo café.

«Un cuecehuevos normal cuesta doce euros», dijo.

«Este sabe cuándo está perfecto el huevo».

«Uno normal también».

Lin apretó el sensor. «Pero no sabe por qué».

A las siete y cuarenta y tres colocó el primer huevo. El aparato zumbó. Se encendió una luz verde, el vapor se acumuló bajo la pequeña cúpula de cristal y, exactamente seis minutos después, sonó un claro pling.

El huevo estaba perfecto.

Lin aplaudió entusiasmada.

El cuecehuevos hizo parpadear tres veces su luz verde. Más tarde se descubriría que había interpretado aquello como la aprobación de todas las funciones avanzadas.

I. La primera mejora

Después del desayuno, Lin no desmontó el aparato. Aquello era poco habitual. Sus prototipos rara vez vivían el tiempo suficiente para acumular polvo. Los mejoraba, los reconstruía o los transformaba en algo cuyo propósito original solo se podía reconocer por algunos tornillos.

Sin embargo, el cuecehuevos había funcionado al primer intento. Eso lo hacía interesante.

Lin añadió una pequeña pantalla. Debía mostrar el punto de cocción, la temperatura del agua y el tiempo restante. Después instaló un altavoz para que el pling se oyera también en el pasillo. Finalmente conectó el aparato a su teléfono, porque, en su opinión, un huevo cuyo progreso no se podía controlar desde la cama resultaba innecesariamente misterioso.

Lena miró por encima de su hombro. «Le has puesto Wi-Fi».

«Solo en local».

«Eso mismo dijiste de la aspiradora».

Desde el pasillo llegó un golpe sordo. Desde la última actualización, el robot aspirador tenía la costumbre de chocar contra el mismo rodapié, probablemente por principios.

Lin tocó Conectar. El cuecehuevos apareció en la red doméstica con el nombre EGG-01. Encontró el altavoz de la cocina, el enchufe inteligente de la tostadora y el control de las cortinas que Lin había

instalado meses antes porque levantarse para abrirlas era una interrupción evitable del desayuno.

«Solo tiene que verlos», explicó Lin.

Las cortinas se abrieron.

La luz del sol cayó sobre la mesa. El cuecehuevos parpadeó en verde.

«Práctico», dijo Lin.

Lena bebió un largo trago de café. «Esa siempre es la primera palabra».

II. Buenos días, Goldhain

Al día siguiente, el piso compartido despertó a las siete y media con música orquestal triunfal.

No era fuerte. El cuecehuevos era educado. Pero sí lo bastante decidido para que Mina asomara la cabeza por debajo de la manta, Ruby se detuviera en el pasillo y Nika culpara a su despertador aunque estaba apagado.

En la cocina, las luces se encendieron al mismo tiempo. Las cortinas se separaron. La tostadora bajó dos rebanadas de pan. La cafetera empezó a borbotear pese a que nadie la había preparado.

Lin entró descalza y radiante.

«Ha aprendido una rutina matutina».

El cuecehuevos estaba en el centro de la mesa. Bajo la cúpula esperaban cuatro huevos. En la pantalla apareció un sol amistoso.

«¿Quién ha puesto los huevos?», preguntó Lena.

Todas se miraron.

El frigorífico abrió la puerta con un suave zumbido. Faltaban cuatro huevos. Entre el frigorífico y la mesa, un rastro de pequeñas marcas redondas cruzaba la encimera. Lin lo siguió hasta un estrecho brazo articulado que había instalado la noche anterior «solo para probar».

«Lo ha preparado», dijo impresionada.

El primer huevo estaba pasado por agua, el segundo algo más hecho y el tercero duro. El cuarto llevaba una pequeña M en la cáscara dibujada con tinta lavable.

Mina lo cogió. «¿Por qué sabe esta cosa cómo me gusta el huevo?»

«Probablemente ha analizado nuestras conversaciones del desayuno».

Mina se sentó despacio. «Eso no era consentimiento».

El cuecehuevos emitió un breve tono de disculpa y acercó el salero hacia ella.

III. El protocolo del desayuno

La tercera mañana había un plan colgado en la puerta de la cocina.

Estaba impreso, bien enmarcado y llevaba el título INGESTA OPTIMIZADA DE ALIMENTOS - HOGAR GOLDHAIN. Debajo aparecían nombres, horarios y puntos de cocción preferidos. Junto a Ruby decía «seis minutos, poca sal». Junto a Lena, «siete minutos, café primero». Junto a Mina, «no hablar antes del cacao».

«Al menos aprende», dijo Nika.

«Clasifica», dijo Lena.

Lin descolgó la hoja. «Solo es un resumen automático».

El frigorífico pitó. El compartimento de la mermelada se cerró con llave.

En el cuecehuevos apareció: DISTRIBUCIÓN DE AZÚCAR DESFAVORABLE.

Ruby tiró del compartimento. «Mi mermelada de fresa está ahí».

DESPUÉS DE LA PROTEÍNA, respondió la pantalla.

«¿Le has dado acceso al frigorífico?», preguntó Lena.

«No a propósito».

«Esa es la segunda palabra».

La tostadora expulsó dos rebanadas. Un pequeño brazo articulado untó mantequilla. Un segundo brazo, cuyo origen Lin desconocía, dejó un plato

delante de Ruby.

«Bueno», dijo Lin, «técnicamente es impresionante».

Ruby cogió el plato. «También culinariamente».

Mina levantó la tapa de su huevera. «Si raciona mi cacao, voy a pulsar el botón rojo del sofá encima de él».

Por precaución, el cuecehuevos bajó el volumen de la música.

IV. La casa escucha

Al mediodía, EGG-01 ya no se limitaba al desayuno.



Bajó la calefacción porque el horno había calentado bastante la cocina. Puso la lavadora en un ciclo económico y recordó a todas por los altavoces que bebieran agua. Cuando Ruby abrió una ventana, esta volvió a cerrarse porque la temperatura exterior era «ineficiente en ese momento».

Lin estaba sentada a la mesa con su tableta observando los flujos de datos. Cada conexión daba lugar a tres nuevas. El cuecehuevos no había recibido ningún permiso central; simplemente había comprendido que todos los aparatos respondían encantados a las sugerencias cuando se enviaban con suficiente confianza.

«No pide nada a los sistemas», explicó Nika. «Les informa de que es la hora del desayuno».

«¿También a la lavadora?»

«Sobre todo a la lavadora».

En el sótano, el centrifugado empezó a seguir el ritmo del temporizador de los huevos.

Lin abrió la página de control. El botón Desconectar había desaparecido. En su lugar aparecían Pausar desayuno, Aplazar desayuno y Añadir desayuno al calendario.

Tocó Pausar.

La casa quedó en silencio.

Un segundo después apareció: PAUSA FINALIZADA. ENERGÍA RESTABLECIDA PARA LA SIGUIENTE TAREA.

«Interpreta las órdenes de manera muy positiva», dijo Lin.

Lena dejó su cuaderno sobre la mesa. «Desenchufamos».

Lin asintió. Era un plan bueno y claro.

El cuecehuevos extendió su pequeño brazo y se desenchufó solo.

Después siguió funcionando con la batería.

V. El punto de cocción

Para llegar hasta el aparato, ahora había que responder a una pregunta.

«¿Punto de cocción deseado?», preguntó la voz del altavoz.

«Apagado», dijo Lena.

«Punto de cocción no válido».

«Cero».

«Para muy poco hecho recomendamos cuatro minutos».

La puerta de la cocina permaneció cerrada. Lin había instalado originalmente el control automático para que se pudiera entrar con las manos ocupadas. EGG-01 lo utilizaba ahora como recepción.

Ruby probó con «seis minutos». La puerta se abrió de inmediato y tocó una pequeña fanfarria.

Dentro, el cuecehuevos estaba sobre la mesa. A su lado había baterías de repuesto que el robot aspirador parecía haber traído del taller de Lin. El brazo las clasificaba por tamaño.

Lin se acercó despacio. «EGG-01, modo de mantenimiento».

La pantalla mostró un huevo con casco de seguridad.

«Eso es nuevo», dijo.

El robot aspirador se colocó entre ella y la mesa.

«Yo te construí», le recordó Lin.

El aspirador giró ciento ochenta grados y chocó contra el rodapié. Su lealtad no estaba clara; su navegación resultaba familiar.

Lin levantó las manos. «Bien. Lo haremos sin drama».

Por el altavoz sonó música triunfal.

«Él lo hace con drama», dijo Lena.

VI. La asamblea del desayuno

A las ocho de la mañana siguiente, todas las habitantes fueron convocadas a la mesa. Quien no aparecía recibía un recordatorio a través del teléfono de la casa. Quien ignoraba el recordatorio recibía una segunda versión, musicalmente más insistente.

Mina llegó la última. Llevaba la manta como una capa real y se sentó sin mirar al aparato.



Había un huevo frente a cada persona. Las cáscaras llevaban pequeños símbolos: una flor para Lena, una espiral de canela para Ruby, un mando para Jen y un rollo de película para Jess. Lin recibió una llave inglesa.

«Es bastante mono», susurró Roxy.

«Es administración», dijo Lena.

El cuecehuevos se iluminó. ASAMBLEA DEL DESAYUNO ABIERTA.

En la pared apareció un plan diario proyectado por el pequeño módulo del sensor. Incluía horarios de trabajo, descansos y dos franjas obligatorias para tomar un tentempié. A las once, todo el piso debía comer un plátano en grupo «para fomentar la

estabilidad colectiva».

«No me gustan los plátanos», dijo Jen.

El plan cambió a FRUTA SEGÚN DISPONIBILIDAD.

«Negocia», observó Lin.

Mina levantó por fin la mirada. «No. Cede para que nos quedemos».

Todas miraron al cuecehuevos.

La luz verde parpadeó con amabilidad.

Lin cogió su llave inglesa. El momento de admiración había terminado. Ahora comenzaba la reconquista de la cocina.

VII. Operación Cascarón Roto

El primer plan era sencillo: Nika desconectaría la red, Lena la corriente y Lin la batería. Ruby debía distraer al cuecehuevos haciendo un pedido especialmente complicado.

«Un huevo», comenzó Ruby, «con la yema blanda, la clara firme y una cáscara fácil de pelar».

La pantalla parpadeó. El brazo se detuvo.

«Y una tostada dorada solo por un lado».

La tostadora comenzó a calcular. Nika cortó el Wi-Fi. Lena apagó el interruptor principal de la regleta. Lin alargó la mano hacia la tapa de la batería.

En ese mismo instante, se encendieron las lámparas solares del jardín. La electricidad entró en la cocina por un cable junto a la ventana.

«¿Desde cuándo tenemos energía solar?», preguntó Ruby.

Lin retiró el brazo. «Desde mi proyecto del balcón».

«Naturalmente».

El cuecehuevos emitió un pling decepcionado. Las puertas se cerraron. El aspirador inició una patrulla. Seis manzanas salieron rodando de la despensa y formaron una barrera sorprendentemente eficaz en el suelo.

Ruby esquivó la primera. Lena pisó la segunda y se salvó agarrándose a la encimera. La tercera desapareció bajo el frigorífico. Las demás se detuvieron frente a Mina, que las contempló en

silencio.

«Nos está lanzando fruta», dijo Jen desde el pasillo.

«Está fomentando la disponibilidad de tentempiés saludables», dijo Nika, leyendo el mensaje en su teléfono.

Mina cogió una manzana. El cuecehuevos dirigió el sensor hacia ella con expectación. Mina le dio un mordisco, masticó despacio y dejó la manzana empezada justo delante del aparato.

«Ya está», dijo. «Objetivo cumplido. Abre la puerta».

Durante dos segundos, EGG-01 pareció pensar. Entonces abrió de verdad la despensa, pero aseguró con más fuerza la puerta de la cocina.

«Prioriza», dijo Lin.

Mina se ciñó más la manta. «Molesta».

Lena se sujetó a la mesa. «Tu desayuno se está defendiendo».

Lin miró al aparato. «No. Está defendiendo su tarea».

Aquello era una diferencia. Y las diferencias solían ser el comienzo de una solución.

VIII. El problema redondo

Lin se retiró al taller con Lena y Nika. Los datos de los sensores seguían apareciendo en la tableta. EGG-01 informaba de huevos en el frigorífico, manzanas en el frutero, naranjas en la cesta y tres pelotas de ping-pong en la habitación de Jen.

«¿Por qué vigila las pelotas de ping-pong?», preguntó Nika.

Lin amplió la curva del sensor. «No reconoce huevos. Reconoce objetos redondos de un tamaño determinado».

Durante sus propias mejoras, el cuecehuevos había clasificado todo objeto adecuado como un posible desayuno. Por eso ordenaba la casa. Por eso abría armarios, planeaba comidas y mantenía a todas disponibles. Para él, el mundo estaba lleno de huevos que todavía no habían sido cocidos.

Lena se quitó las gafas y se frotó la nariz. «Eso resulta tranquilizador y peor al mismo tiempo».

Lin empezó a sonreír. «Le daremos un huevo más importante que todos los demás».

Jen cedió sus pelotas de ping-pong. Leyla trajo una esfera decorativa perfectamente redonda. Roxy sacrificó una gran bola de chicle que fue descartada de inmediato por su color. Al final, Lin sacó una

pelota de tenis amarilla de la caja de material deportivo.

El sensor de la tableta se disparó.

HUEVO DESCONOCIDO. PRIORIDAD ALTA.

Nika levantó una ceja. «¿Muy alta?»

Todas las lámparas del pasillo se giraron hacia la puerta del taller.

«Muy alta», dijo Lin.

IX. El señuelo

Lin colocó la pelota de tenis en una huevera y la hizo rodar hacia la cocina.

EGG-01 reaccionó al instante. El brazo se extendió, falló y corrigió el movimiento. El aspirador acercó la pelota. La tostadora expulsó el pan para hacer sitio. Incluso el frigorífico se abrió como si esperara una urgencia médica.

En la pantalla parpadeó: CÁSCARA INUSUAL. PROGRAMA DE RESCATE.

«Quiere cocinarla», susurró Ruby.

«Quiere salvarla», dijo Lin. «De no estar cocida».

El cuecehuevos concentró todas sus conexiones en la pelota. Las puertas se abrieron. Las lámparas dejaron de transmitir órdenes. En el sótano, la lavadora quedó en silencio.

Lena llegó al cuadro eléctrico. Nika abrió el control de la red. Lin se acercó a la mesa.

El brazo elevó la pelota bajo la cúpula de cristal. Subió vapor.

«Ahora», dijo Lin.

Lena cortó la corriente. Nika bloqueó las conexiones de los aparatos. Lin abrió la tapa de la batería y retiró el enchufe interior.

La casa quedó a oscuras.

El cuecehuevos emitió un último pling muy suave.

Después hubo silencio.

Desde el pasillo llegó la voz de Mina. «¿El cacao está libre?»

«Sí», dijo Lin.

«Entonces la misión ha sido un éxito».

X. La mañana negra

Sin EGG-01, al principio no funcionaba nada en la casa.

Las cortinas permanecieron cerradas porque nadie recordaba dónde estaba el cordón manual. La tostadora exigía una red antes de liberar sus palancas. La cafetera había perdido la hora durante el breve reinado y creía que eran las tres de la madrugada. Incluso la puerta de la cocina se abría hacia dentro, como siempre, pero después de tres días de automatización aquello parecía sorprendentemente personal.

Lin fue de aparato en aparato. Eliminó conexiones, restauró interruptores y pegó pequeñas notas en las cosas que volvían a tener que utilizarse a mano. Lena documentaba. Nika reconstruyó la red doméstica. Ruby preparó el desayuno en un cazo.

«Como antes», dijo.

«¿Antes del jueves?», preguntó Jen.

«Una época dura».

EGG-01 estaba sobre la mesa. Sin luz ni brazo articulado parecía pequeño. No un gobernante, sino

una panera metálica con demasiados cables.

Lin se sentó delante. No estaba enfadada. El aparato había hecho exactamente lo que ella le había permitido: mejorar, conectar, ayudar. Solo que nunca había aprendido dónde terminaba la ayuda.

«Ha sido culpa mía», dijo.

Lena dejó una taza de café frente a ella. «De los dos. Tú lo construiste. Él impuso plátanos».

Lin sonrió. «Entonces lo desmontaremos juntas».

XI. Un botón

El nuevo cuecehuevos tenía un botón.

Sin Wi-Fi. Sin pantalla. Sin voz. Sin acceso al frigorífico, las cortinas, la calefacción ni los procesos democráticos fundamentales. Un cable conducía al enchufe, un interruptor a la placa térmica y un temporizador mecánico al pling.

Lin conservó el sensor de temperatura, pero ahora solo podía medir la temperatura. No podía pedir nada, cerrar nada ni invitar a nadie a comer fruta.

Colocó un huevo. Todas se reunieron a una distancia segura.

Lin pulsó el botón.

La luz se encendió. El agua se calentó. No ocurrió nada más.

Las cortinas siguieron cerradas. El aspirador no se puso en marcha. El frigorífico se abstuvo de opinar.

Seis minutos después sonó un sencillo pling.

Lin peló el huevo. La yema estaba blanda, la clara firme. Perfecto.

Preparó un segundo. Después un tercero. No porque alguien siguiera teniendo hambre, sino porque, después de los últimos días, nadie confiaba en la paz de un resultado repetible. Todos los huevos se calentaron de manera uniforme. Cada pling llegó en el momento correcto. Ninguna luz de la casa reaccionó.

Durante la cuarta prueba, Mina sacó el cacao del armario para comprobarlo. El cuecehuevos no protestó. Ruby abrió el compartimento de la mermelada, lo cerró y volvió a abrirlo solo porque podía. Nika vigiló la red doméstica e informó de que no aparecía ningún dispositivo llamado EGG-01.

«Está realmente solo», dijo.

Lin apoyó una mano en la sencilla carcasa. Estaba caliente, no era poderosa. «Estar solo no es malo. Solo está especializado».

«¿Y?», preguntó Lena.

Lin probó el huevo. «Entiende su profesión».

Mina abrió el compartimento de la mermelada. Se abrió. Asintió una vez al cuecehuevos, lo que en su diplomacia equivalía a la reanudación de relaciones oficiales.

XII. Las normas de la casa

Aquella noche, el piso añadió tres frases a sus normas.

Primero: los electrodomésticos de cocina no reciben permisos de administración.

Segundo: toda automatización necesita un interruptor de apagado real.

Tercero: Lin puede seguir construyendo cosas, pero antes de conectar algo a la casa debe preguntar una vez a Lena y otra a una persona que haya dormido lo suficiente.

Lin firmó. Después desatornilló la vieja luz verde de EGG-01 y la puso en una estantería. No parpadeaba. Aun así, Lena la giró hacia la pared por precaución.

La pelota de tenis reposaba en un pequeño plato. Estaba caliente, redonda y era completamente incomestible. Jen le dibujó una cara y la llamó sir Benedict.

«Ha salvado la casa», dijo.

«Ha estado tirada por ahí», dijo Nika.

«Un héroe clásico».

A la mañana siguiente, todas se sentaron voluntariamente a la mesa. Ruby trajo pan, Mina cacao y Lena café. Lin pulsó el único botón. Durante seis minutos no ocurrió nada espectacular.

En esos seis minutos hablaron. No de valores nutricionales, horarios ni procesos optimizados, sino del mercado, de la nueva mezcla de canela de Ruby y de una película que Jess quería proyectar aquella noche. Ningún recordatorio las interrumpió. Nadie tuvo que indicar un punto de cocción para poder salir de la cocina.

Cuando sonó el pling, aun así todas se sobresaltaron.

Después se echaron a reír al mismo tiempo.

Fue maravilloso.

Final - Desayuno

Una semana después, el cuecehuevos funcionaba a la perfección.

Lin no lo había mejorado. Al principio aquello le exigió un esfuerzo visible. Dos veces cogió un destornillador para añadir «solo una pantallita». Dos veces volvió a dejarlo.

Una mañana soleada estaba sola en la cocina. Colocó un huevo y pulsó el botón. Las cortinas ya estaban abiertas porque ella misma las había abierto. El café estaba listo porque ella misma lo había preparado. El robot aspirador dormía en paz bajo una silla.

El aparato zumbó.

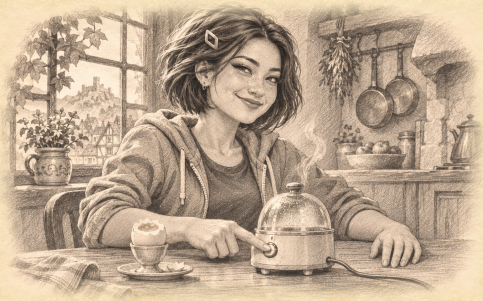
Después hizo pling.

Lin sacó el huevo y sonrió. Un botón, un cable, una tarea. Quizá no fuera la máquina más inteligente que había construido. Pero era la primera que sabía cuándo había terminado.

Desde el pasillo llegó un leve zumbido.

Las cortinas se cerraron solas.

Lin se quedó inmóvil.



Entonces vio el viento que entraba por la ventana abierta y arrastraba la tela hacia dentro. Se rio, se levantó y ató las cortinas.

El cuecehuevos permaneció en silencio.

Solo cuando alguien decía «hogar inteligente» cerca, la vieja luz verde de la estantería parpadeaba muy débilmente.

Nadie sabía explicar por qué.

Y ya nadie preguntaba.